

ruidos. En seguida, el arco gigantesco, cubierto de sombra, agujereábase lo mismo que un pórtico. Y lo pasaron en plenas tinieblas, acompañándoles el ruido allí más sonoro, de las ruedas.

Cuando estuvieron al otro lado del arco, vióse á Santobono que seguía llevando sobre las rodillas el cestito de higos y que Prada lo miraba trastornado, preguntándose por qué extraña parálisis de las dos manos, no le había cogido y arrojado en medio de las tinieblas, y, sin embargo, pocos minutos antes de penetrar bajo el arco, estaba decidido á hacerlo. Hasta lo había mirado por vez postera, para calcular mejor el movimiento que tendría que hacer, ¿qué era lo que había pasado en él? Sentíase presa de una indecisión que iba en aumento, incapaz de querer en adelante un acto definitivo, teniendo la necesidad de esperar, con la idea sorda de satisfacerse plenamente y ante todo. ¿Por qué tenía á la sazón que apresurarse, puesto que Darío se había sin duda marchado, y aquellos higos no se comerían hasta el día siguiente? Aquella misma noche debía saber si la congregación del Concilio había anulado su casamiento, y sabría hasta qué punto la justicia de Dios era venal y embustera.

No por cierto, no dejaría que envenenasen á nadie, ni siquiera al cardenal Boccanera, cuya existencia no obstante le importaba muy poco; ¿pero desde que salieron de Frascati, aquel cestito no representaba al Destino en marcha? ¿No cedía al goce de un poder absoluto, diciéndose que era el árbitro para detenerle ó dejarle continuar su camino hasta el término de su obra de muerte? Y además se entregaba á la más oscura de las luchas, no razonaba, tenía las manos atadas hasta el extremo de no poder obrar de otra manera, convencido de que lo mejor era ir á echar una carta, avisando lo que ocurría, al buzón del palacio y hacerlo antes de meterse en la cama, considerándose dichoso al pensar que, si no obstante tenía interés en no hacerlo, no lo haría.

Acabóse entonces el camino en medio de ese silencio cansado, y del estremecimiento de la noche, que parecía haber helado á los tres hombres. En vano el conde para escapar al combate de sus reflexiones, volvió á ocuparse de la recepción de gala de los Buongiovanni, dando mu-

chos detalles, describiendo los esplendores á los que iban á asistir, porque sus palabras caían en el vacío, raras, cortadas, distraídas. Hizo luego esfuerzos para animar á Pedro, para devolverle á su esperanza, hablándole otra vez del cardenal Sanguinetti tan amable y tan lleno de promesas, y por más que el joven presbítero volviese muy alentado y confiado con la idea de que su libro no estaba condenado aun, y que triunfaría tal vez si le ayudaban, apenas si respondió entregado por completo á sus cavilaciones. Santobono no habló, no se movió, como desaparecido, negro en la negra noche. Y las luces de Roma se multiplicaron, aparecieron algunas casas, á derecha é izquierda, al principio muy espaciadas y poco á poco unidas y sin interrupción. Era aquello el arrabal, campos con setos vivos y encañados, olivos que asomaban la cabeza por cima de las altas tapias que los cercaban, grandes portales con pilares coronados de macetas, la ciudad en fin con sus hileras de casitas grises, de tiendas pobres, de tabernas sospechosas y de las que á veces saltan voces y ruidos de disputas.

Prada se empeñó en dejar á sus compañeros en la vía Julia, á cincuenta metros del palacio.

—Eso no me molesta absolutamente en nada, todo lo contrario, os lo aseguro. No es posible que os permita que acabéis el camino á pie con la prisa que tenéis.

La vía Julia dormía ya con su paz secular, absolutamente desierta, y con una paz de abandono, con su doble mortecina hilera de faroles de gas. Y en cuanto se apeó del carruaje, Santobono no esperó á Pedro, que por otra parte entraba siempre por la puertecilla que daba al callejón del costado.

—Hasta la vista, Santobono.

—Hasta la vista, señor conde.

Pudieron entonces ambos seguirle con la vista hasta el palacio Boccanera, cuyo antiguo y monumental portalón estaba aún abierto de par en par. Durante un momento, vieron su elevada y rugosa silueta que recortaba aquella sombra, y luego se abismó en ésta con su cestito y llevando el Destino.